

educación. Es necesaria una reestructuración de orden académico en las universidades. El nivel del estudiantado, sobre todo en las universidades públicas, ha disminuido a tal grado que las personas más preparadas del país, actualmente, han sido formadas en el extranjero o en instituciones particulares. La herencia populista de las décadas anteriores logró que lo «ideológico» sustituyera a lo académico. Gran parte de las universidades mexicanas se han convertido en fábricas de frustraciones. Los estudiantes salen mal preparados y las oportunidades que tienen en su futuro, en un mundo necesariamente competitivo, cada vez son más escasas. Y lo peor de todo es que durante años muchos han creído que con el solo hecho de tener un título universitario su vida iba a resolverse. Sería mejor que se prepararan en otras actividades bien remuneradas, para no tener después esa sensación de fracaso. Para ello deben de existir filtros desde la primaria, que permitan seleccionar al estudiantado capacitado para ingresar en las universidades, y que a su vez deriven a los no preparados a otras formas de educación que garanticen un bienestar económico y una realización grata personal. Por otra parte, la educación debe estar orientada hacia la investigación y no basada en ejercicios de memoria. Para eso existen los libros. Son necesarias bibliotecas actualizadas y eficientes en las cuales los estudiantes puedan desarrollar su capacidad como investigadores.

Ahora bien, uno de los acontecimientos más importantes posiblemente de toda nuestra historia moderna, ha sido la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC, NAFTA o ALENA), con Estados Unidos y Canadá, realizada el año pasado. Aquel comentario mío expresado a principios de la década anterior que causó tanto rubor, se convirtió con el tiempo en la política oficial de los países que integran el hemisferio norte del continente americano.

A diferencia de la Comunidad Europea, dicho Tratado es un acuerdo que elimina, de manera progresiva a lo largo de quince años, las fronteras comerciales y económicas entre los tres países, creando un mercado de 360 millones de personas, pero no presupone el libre tránsito de los ciudadanos. Sin embargo, hay que recordar que también la Comunidad Europea nació como un acuerdo comercial. Posiblemente esto mismo suceda con los integrantes del Tratado en un futuro no muy lejano. Qui-

zás otros países americanos poco a poco se integren a esta nueva sociedad de naciones.

Desde la antigüedad, todos los cambios importantes que se han dado en el mundo han sido precedidos por factores económicos relacionados al comercio. Si alguna vez Cristóbal Colón llegó a América, fue por el hecho de que quería buscar una ruta marítima para comerciar con Oriente. Lo mismo podríamos decir de los fenómenos que han producido las asociaciones económicas de los últimos años.

Si bien el TLC ha sido, antes que nada, una forma de reglamentar el comercio ya existente con Estados Unidos, una vez formalizado, producirá en los tres países que lo conforman transformaciones en todos los aspectos de la vida cotidiana. Además de las cuestiones materiales que ya se empiezan a vislumbrar —en el caso de México la entrada de grandes sumas de dinero y productos, la creación de grandes zonas industriales, la agilización en los procedimientos burocráticos, así como también una mayor eficiencia en las telecomunicaciones—, algo que es evidente es una nueva actitud mental por parte de los ciudadanos.

Hace poco, por casualidad, asistí a una reunión en la que se encontraba una canadiense, una norteamericana y dos mexicanos. La conversación giró, sin que lo buscáramos, en torno a los problemas económicos y culturales comunes a los tres países. En cierto momento nos dimos cuenta de que estábamos tratando el tema de una manera global. Nos quedamos mirando, un ángel pasó por el aire y alguien dijo: «hay un nuevo mapa en el Atlas». Todos los reunidos sentimos que el hemisferio norte del continente nos pertenecía como algo propio, independientemente de las barreras culturales. Existe una identidad americana que va más allá de las identidades nacionales: es una forma de ser y estar en el mundo y está relacionada con una historia común que sobrepasa las apariencias superficiales. Ser americano es ver la historia desde esta orilla del Atlántico.

En menos de un año México tendrá un nuevo Presidente. La situación que hereda es verdaderamente privilegiada. Existe una estabilidad económica como nunca se había dado en décadas. Una cuestión importante para que este acuerdo funcione, en el caso de México, va a ser la buena administración de la economía y del gasto público. En *Ulises criollo*, José Vasconcelos, al compa-

rar dos ciudades fronterizas separadas por un puente, donde pasó varios años en su infancia a fines del siglo pasado, nos dice: «Durante mucho tiempo el tono social lo dio Piedras Negras. Nuestra superioridad era notoria en el refinamiento de las maneras y el brillo de las fiestas patrióticas, carnavales y batallas florales de primavera. Pero, gradualmente, Eagle Pass adelantaba. Casi de la noche a la mañana se erguían edificios de cuatro y cinco pisos, se asfaltaban avenidas. Entretanto, Piedras Negras entregábase a las conmemoraciones y holgorios sobre el basurero de las calles y las ruinas de una construcción urbana elemental. Inseguros del mañana, olvidados del ayer, los nuestros derrochaban con desprecio de la previsión, indiferentes aún al aseo. En cambio, Eagle Pass se pulía y hermo­seaba tal y como las bellas rubias que recorrían nuestras calles abandonadas, manejando ellas mismas las riendas del caballo de sus *buggies* de luciente barniz. Y empezó a estar de moda vestirse en las tiendas del otro lado, resultaba también más económico que encargar las ropas a México. Y a medida que las mesas de comidas de la Plaza del Cabrito se iban quedando solas, en Eagle Pass se abrían restaurantes de manteles albos y vajillas plateadas.» Desde luego, en un siglo las cosas han cambiado mucho. Sin embargo, ese carácter festivo, a veces despilfarrador, tan nuestro, debería de ser modificado para que los ingresos tanto públicos como privados tuvieran fines más constructivos y duraderos. Si bien un rasgo característico de la civilización hispánica, en ambas partes del océano, ha sido desde el barroco el gusto por la proliferación y el exceso, sin cambiar nuestra identidad cultural, en un ejercicio de autocrítica sería conveniente para todos, sobre todo ahora, que México tiene que lograr una competitividad equivalente a la de los países del norte, inculcar una ética en el estudio, en el trabajo y en el empleo de los fondos públicos.

**Manuel Ulacia**

*Carta del Perú*

## El arte de sobrevivir

**E**n la calle donde vivo, antes apacible y ordenada, la vieja bodega de la esquina —la del chino— y la panadería son los espacios que quedan de un tiempo más formal. Ahora, una nueva versión enrejada de una bodega ocupa el garaje de una de las casas, y otro ha pasado a servir de librería (lo cual es mucho decir), papelería y servicio de fotocopias. Frente a la panadería se ha ubicado un quiosco de periódicos y revistas, en realidad una gran caja azul montada sobre unos cuantos ladrillos niveladores. La panadería vende también cerveza, otras bebidas y artículos de limpieza, y hace poco ha colocado un teléfono que funciona con fichas; por el portón del costado, donde siempre descargaron la harina y por donde ingresaban los empleados, salen ahora todas las mañanas carretillas rumbo al mercado cuatro calles más abajo, donde sus propietarios (ahora también inquilinos de la panadería) ofrecen su mercancía como vendedores ambulantes. Casi al llegar a la esquina hay una carnicería que ha empezado a vender también huevos y donde nunca falta una rama de ruda (la hierba milagrosa del comerciante peruano). En la casa de enfrente, un letrero anuncia unas pretensiosas clases de guitarra. Dos casas más allá vive un joven que alquila un auto como taxista. En la casa que sigue —inadecuada para estos fines— han instalado un colegio y a las diez y media de la ma-

ñana los gritos de los chicos anuncian el comienzo del largo recreo en la puerta de la casa. Enfrente, la propietaria ha construido cuartos en el patio posterior y vive vigilando sus rentas mientras se pasea por la acera. Mis vecinos de la derecha han instalado una oficina en los bajos, y los de la izquierda han elegido la azotea para un oficio indefinible que requiere de martillo y fierros. De alguna parte, aún no descubierta, me llega cotidianamente el ruido monótono de una imprenta. Y yo, más subterránea, fabrico entre otras cosas estos artículos.

Con algunas variantes, ésta es la escenografía de la mayoría de las calles de nuestras ciudades en las que transcurre la vida visible e invisible de sus habitantes. Casi siempre un cartel, tímido u ostentoso, revela que la casa no es sólo vivienda y que las personas no son únicamente moradores. Pero, sobre todo, denuncia una búsqueda y una carencia. Son muchos los que intentan una vía alternativa para clavar las uñas al fin de mes. El progresivo deterioro de los salarios en el Perú ha multiplicado la capacidad de imaginar mecanismos que tiendan a contrarrestarlo. Quienes están desempleados piensan, por lo general, en «hacer negocio» y ser independientes; quienes tienen un empleo aspiran, con frecuencia, a «cachuearse» en las horas libres. Muy pocos, en suma, hacen exclusivamente lo que anotan en su declaración para el pago de impuestos, si es que declaran.

La informalidad echa sus raíces en la vida de todos, no solamente en el grupo al que han dirigido originalmente sus estudios los científicos sociales, es decir, el emigrante de la provincia a la capital. Y esa informalidad, más matizada, es vista por quienes se adhieren a ella como una reacción lícita contra la insuficiencia de sus ingresos. Me pregunto si el desborde imaginativo que supone concebir formas paralelas de ganarse la vida, no es un recurso que indirectamente canaliza y transforma una posible respuesta violenta. Recuerdo ahora la pregunta que he escuchado en boca de muchos cada vez que hemos considerado haber llegado a un punto en que la situación no da para más: «¿pero por qué el pueblo no se subleva?».

La sensación de frustración colectiva, que no ha hecho sino aumentar en más de una década, en el orden específico de la aspiración a un trabajo bien remunerado o del cumplimiento de las expectativas profesionales, pisa un terreno aledaño al límite entre la actitud crea-

dora y la postración depresiva. Mientras algunos grupos humanos se hallan al borde de la parálisis después del más reciente golpe que deshace sus proyectos, otros desarrollan salidas impensadas y consiguen defenderse. Cuando subo a un taxi y me encuentro con un ingeniero que fue «invitado» a retirarse de una empresa y me cuenta lo que ahora hace para sostenerse, pienso si sus triunfos cotidianos no malencubren la acechanza del fracaso.

Y es que este estado de cosas contiene una injusticia o, dicho de otro modo, vuelca nuestros modelos lógicos de justicia, según los cuales a mayor preparación corresponde una mejor remuneración, y proyecta a la sociedad la ley de la selva: el más fuerte será quien sobreviva, pero sabemos que en esa fuerza siempre hay un porcentaje de maña. Por eso, aunque el ingeniero-taxista logre por este oficio ocasional o cualquier otro «negocio» los ingresos necesarios para él y su familia, a la vez estará dejando de ser retribuido por una profesión para la cual se preparó varios años y en torno a la cual formuló gran parte de su proyecto personal, y esto es frustrante, esto deja huella. La pregunta es: ¿cuánta frustración somos capaces de seguir acumulando y de qué manera se refleja este hecho en la colectividad? ¿Cuánto pueden soportar un maestro o un policía que un heladero o un fontanero ganen más que ellos? Tal vez lo soporten en términos de seguir asistiendo a sus centros de trabajo, pero el lento deterioro en su rendimiento y dedicación da la medida de lo corrosiva que puede ser esta situación si tenemos en cuenta todos los niveles que atraviesa.

Hablando en cifras, en el Perú aproximadamente el ochenta por ciento de la población económicamente activa está desempleada o subempleada, y al fenómeno del subempleo hay que asociar el del pluriempleo. En el terreno de esta peculiar alianza se mueve la mayoría de las personas que trabajan por la cultura en el país. Literatos, artistas plásticos, gente de teatro y de cine, músicos, bailarines, historiadores, museólogos, arqueólogos, antropólogos y otros, dividen su tiempo entre varias ocupaciones, desgastan energías en las formas no deseadas de obtener ingresos, agotan los escasos mecanismos para lograr algún tipo de subvención, o quizá les dan origen a fuerza de buscarlos, y cuando culminan un proyecto de investigación o una obra en el campo de la creación artística es porque han conseguido reciclar sus propios desechos: el desánimo, la falta de fuerzas y de recursos.